

25 AÑOS DE PROYDE. Asamblea. Palabras de saludo.

Estimados amigos: Han transcurrido 25 años. Para uno, casi toda una vida. Para otros, el comienzo de una andadura asentada. Para todos, un seguir en la brecha haciendo lo que más nos gusta: educar, motivar, comprometer, embellecer el mundo, abrir otros cauces, conseguir la culminación de proyectos, partir a tierras lejanas para caminar, beber y sentir que el corazón se expande al ver otras realidades que, acaso, ni soñábamos que erran así.

Han pasado 25 años y hacemos memoria de los que nos han precedido. Han sido muchos, socios y no socios, Hermanos y seglares, miembros de la Junta Directiva y colaboradores de la Asociación, voluntarios y personas calladas que han hecho de PROYDE lo que hoy tenemos como regalo y que queremos cuidar con mimo, no para meterlo en el frasco de la naftalina o del formol, sino para disfrutar, enriqueciéndolo porque no queremos sentirnos derrotados.

Pero esos 25 años no han pasado en balde. Hemos crecido y convivido con situaciones dolorosas, injustas, llenas de sana ira porque no nos gustaba el mundo que estábamos construyendo y viendo. Hemos empeñado la palabra, el gesto, la vida, el tiempo y nuestra persona en un camino sin retorno porque nos sigue preocupando el mundo y sus gentes, las personas y su bienestar no logrado, los niños y jóvenes y su educación, nosotros y el despertar solidario.

Hemos crecido mucho en estos 25 años. Nos hecho jóvenes adultos porque el paso de los años no ha sido el lento correr del tiempo sin rumbo ni criterio, sino que hemos apuntado a la diana de nuestros desasosiegos: los pobres y su mundo todavía más empequeñecido, los ricos y su mundo más glotón servidor de sus cadenas y su opulencia; los indiferentes y su mundo inestable, caprichoso del hoy sí y mañana... ¡quizás!

Porque no queremos dejar que todo siga igual, porque "muchacha gente pequeña, haciendo muchas cosas pequeñas, en muchos lugares pequeños...".

Estamos aquí celebrando la vida que hemos ayudado a parir en escuelas y colegios, en niños y jóvenes abandonados en su formación, en cada uno de nosotros garantes de un mundo diferente, mejor, más solidario, más humano, más lasaliano, más de PROYDE, más de Jesús de Nazaret.

Por eso, a vosotros que estáis aquí, a los que representáis y animáis, a los que comprometéis y liáis en esta bella aventura solidaria, a todos aquellos que colaboran, sienten, aman, trabajan y se ilusionan con y por PROYDE, a toda la Junta directiva, actual y pasada... ¡GRACIAS! con mayúscula, porque hay que proclamarlo alto, hoy, al cabo de 25 años.

Nos quedan desafíos para que nadie diga que nos dormimos:

- ¡Vamos a por los 3.000! No es un bello sueño o una utopía vana. Es un bello sueño que buscamos hacer realidad con el trabajo de todos.
- Vamos a seguir apoyando proyectos que necesitan, más que nunca, ayuda financiera. ¡Demos cauce a la imaginación y a la creatividad para lograr lo que necesitamos!
- Vamos a hacer del Comercio Justo plataforma de compromiso mayor, no sólo en nuestro pensamiento sino en nuestro obrar y en nuestros criterios.

- Vamos, que sí, podemos, y queremos, a sensibilizar y motivar, animar y derrochar vitalidad para que el voluntariado de larga duración sea una realidad cada vez mayor. Y el voluntariado de verano con jóvenes y adultos, realidades más consolidadas, permitan seguir creciendo en compromiso y hondura personal a otros que no han participado.

Comenzamos un periodo nuevo. Entramos en el umbral de las bodas de oro de PROYDE. Nos queda tiempo para aprovecharlo con ganas. Pero, mientras tanto, nos anima esta historia con la que quiero terminar para que no olvidemos nunca algo importante de nosotros mismos. Va.

El Cuento de Latif, el pordiosero (Jorge Bucay)

Latif era el pordiosero más pobre de la aldea. Cada noche dormía en el zaguán de una casa diferente, frente a la plaza central del pueblo. Cada día se recostaba debajo de un árbol distinto, con la mano extendida y la mirada perdida en sus pensamientos.

Cada tarde comía de la limosna o de los mendrugos que alguna persona caritativa le acercaba. Sin embargo, a pesar de su aspecto y de la forma de pasar sus días, Latif era considerado por todos, el hombre más sabio del pueblo, quizás no tanto por su inteligencia, sino por todo aquello que había vivido.

Una mañana soleada el rey en persona apareció en la plaza. Rodeado de guardias caminaba entre los puestos de frutas y baratijas buscando nada. Riéndose de los mercaderes y de los compradores, casi tropezó con Latif, que dormitaba a la sombra de una encina. Alguien le contó que estaba frente al más pobre de sus súbditos, pero también frente a uno de los hombres más respetados por su sabiduría. El rey, divertido, se acercó al mendigo y le dijo: -'Si me contestas una pregunta te doy esta moneda de oro.' Latif lo miró, casi despectivamente, y le dijo: -'Puedes quedarte con tu moneda, ¿para qué la querría yo? ¿Cuál es tu pregunta?'

Y el rey se sintió desafiado por la respuesta y en lugar de una pregunta banal, se despachó con una cuestión que hacía días lo angustiaba y que no podía resolver. Un problema de bienes y recursos que sus analistas no habían podido solucionar. La respuesta de Latif fue justa y creativa. El rey se sorprendió; dejó su moneda a los pies del mendigo y siguió su camino por el mercado, meditando sobre lo sucedido.

Al día siguiente el rey volvió a aparecer en el mercado. Ya no paseaba entre los mercaderes, fue directo a donde Latif descansaba, esta vez bajo un olivar. Otra vez el rey hizo una pregunta y otra vez Latif la respondió rápida y sabiamente. El soberano volvió a sorprenderse de tanta lucidez. Con humildad se quitó las sandalias y se sentó en el suelo frente a Latif. 'Latif te necesito,' le dijo. 'Estoy agobiado por las decisiones que como rey debo tomar'.

No quiero perjudicar a mi pueblo y tampoco ser un mal soberano. Te pido que vengas al palacio y seas mi asesor. Te prometo que no te faltara nada, que serás respetado y que podrás partir cuando quieras... por favor.' Por compasión, por servicio o por sorpresa, el caso es que Latif, después de pensar unos minutos, aceptó la propuesta del rey. Esa misma tarde llegó Latif al palacio, en donde inmediatamente le fue asignado un lujoso cuarto a escasos doscientos metros de la alcoba real.

En la habitación, una tina de esencias y con agua tibia lo esperaba. Durante las siguientes semanas las consultas del rey se hicieron habituales. Todos los días, a la mañana y a la tarde, el monarca

mandaba llamar a su nuevo asesor para consultarle sobre los problemas del reino, sobre su propia vida o sobre sus dudas espirituales. Latif siempre contestaba con claridad y precisión. El recién llegado se transformó en el interlocutor favorito del rey.

A los tres meses de su estancia ya no había medida, decisión o fallo que el monarca no consultara con su preciado asesor. Obviamente esto desencadenó los celos de todos los cortesanos que veían en el mendigo-consultor una amenaza para su propia influencia y un perjuicio para sus intereses materiales. Un día todos los demás asesores pidieron audiencia con el rey. Muy circunspectos y con gravedad le dijeron. 'Tu amigo Latif, como tú llamas, está conspirando para derrocarte.' 'No puede ser' dijo el rey. 'No lo creo.' 'Puedes confirmarlo con tus propios ojos,' dijeron todos'.

Cada tarde a eso de las cinco, Latif se escabulle del palacio hasta el ala Sur y en un cuarto oculto se reúne a escondidas, no sabemos con quién. Le hemos preguntado a dónde iba alguna de esas tardes y ha contestado con evasivas. Esa actitud terminó de alertarnos sobre su conspiración.' El rey se sintió defraudado y dolido. Debía confirmar esas versiones. Esa tarde a las cinco, aguardaba oculto en el recodo de una escalera.

Desde allí vio cómo, en efecto, Latif llegaba a la puerta, miraba hacia los lados y con la llave que colgaba de su cuello abría la puerta de madera y se escabullía sigilosamente dentro del cuarto. 'Lo visteis' gritaron los cortesanos, '¿lo visteis?' Seguido de su guardia personal, el monarca golpeó la puerta. '¿Quién es?' dijo Latif desde adentro. 'Soy yo, el rey,' dijo el soberano. 'Ábreme la puerta.' Latif abrió la puerta. No había nadie allí, salvo Latif.

Ninguna puerta, o ventana, ninguna puerta secreta, ningún mueble que permitiera ocultar a alguien. Sólo había en el piso un plato de madera desgastado, en un rincón una vara de caminante y en el centro de la pieza una túnica raída colgando de un gancho en el techo. '¿Estás conspirando contra mi Latif?' pregunto el rey. '¿Cómo se te ocurre, majestad?' contestó Latif. 'De ninguna forma, ¿por qué lo haría?' -'Pero vienes aquí cada tarde en secreto. ¿Qué es lo que buscas si no te ves con nadie? ¿Para qué vienes a este cuchitril a escondidas?'

Latif sonrió y se acercó a la roñosa túnica que pendía del techo. La acarició y le dijo al rey: -'Hace sólo seis meses, cuando llegué, lo único que tenía eran esta túnica, este plato y esta vara de madera' dijo Latif. -'Ahora me siento tan cómodo en la ropa que visto, es tan comfortable la cama en la que duermo, es tan halagador el respeto que me das y tan fascinante el poder que regala mi lugar a tu lado... que vengo cada día para estar seguro de no olvidarme de QUIÉN SOY Y DE DÓNDE VIENE'

Feliz regreso a vuestros lugares y buen trabajo. ¡Nos vemos dentro de 25 años...! en las bodas de oro. Gracias.

Jesús Miguel Zamora Martín
Presidente de PROYDE